

CAPÍTULO IX

FINURA DE MODALES Y SUAVIDAD DE COSTUMBRES

En otro lugar tocamos incidentalmente la singular eficacia de la Iglesia católica en suavizar las costumbres de los pueblos sometidos á su influencia. Tal resultado es un efecto natural de las doctrinas de Jesucristo, de que ella es única depositaria y maestra. En su lema civilizador están estampadas tres palabras, muy mal entendidas de un siglo á esta parte, y que para muchos son la divisa de los enemigos de Cristo: «Libertad, Igualdad, Fraternidad.» «Todos sois libres, todos iguales, todos hermanos en Jesucristo: consideraos, pues, y trataos como tales.»

Así dijo la Iglesia católica. Ella y sólo ella fué capaz de predicar á los pueblos en guerra: «Ama á tu prójimo como á ti mismo.» Y al misterioso influjo de esta palabra cayéronse las armas de las manos á los inveterados enemigos, que se abrazaron en ósculo de paz, y en lo sucesivo conformaron sus vidas á la norma que se les prescribía en la doctrina de caridad y fraternidad.

Cuantos han estudiado con detenimiento la fisonomía de las diversas Naciones están contestes en afirmar que en los pueblos católicos, aun el más bajo vulgo no cede en nobleza y generosidad de pensamientos, en ternura y delicadeza de corazón á la clase aristocrática y de educación más esmerada. Pues si se compara el populacho sin instrucción de los pueblos católicos con el de los protestantes, cómo salta á la vista la desemejanza de ambos! Poned á un rústico plebeyo de Italia, Francia, España ó Irlanda junto á otro de su misma clase nacido en Inglaterra, Alemania ó los Estados Unidos. Veréis desde luego una ventajosa desproporción á favor del primero. Notaréis en él dignidad personal, virilidad, cortesanía, delicadeza de sentimientos y ex-

quisita sensibilidad; y tal vez, sobre todo si es italiano ó español, estará dotado de un refinado gusto para las Bellas Artes. Y nada digo del conocimiento teórico de su Religión ni del práctico, que vale algo más. Pues en todos estos respectos hallaréis á la plebe protestante, tomada en general y considerada como clase inmensamente inferior, y en absoluto muy deficiente.

El juicioso observador escocés Samuel Laing se ha fijado también en el fino gusto y mayor aptitud que las Naciones católicas tienen en general para las Bellas Artes, pero no quiere que se infiera menor perfeccionamiento intelectual en los que carecen de semejantes aptitudes. Dice así:

«La música, pintura, arquitectura, escultura, danza y otras artes, tanto bellas como útiles, llaman poco la atención del público entre nosotros. Una de las notas del carácter británico es el que en sus diversiones y entretenimientos populares ha de predominar la fuerza intelectual y descollar el individuo. La caza, el ejercicio de tiro, carreras de caballos, regatas, etc., ejercen tal predominio sobre el espíritu nacional, que es empresa punto menos que imposible el conseguir inspirar á nuestra clase baja y aun media ese gusto pasivo por la música ó la pintura que reina en otras Naciones. ¿Es esto prueba de menor perfección intelectual? Creo que no. Pero, séalo ó no lo sea, es innegable que en el pueblo inglés, aun entre la clase alta, no hay gusto, ni afición, ni sentimiento, ni estima por las Bellas Artes.» (*Notes of a Traveller*, págs. 441-442.)

Por lo que toca á Religión, es cosa corriente encontrarse con personas que no tienen ninguna, porque de ninguna han oído hablar: otras hay, y en muy gran número, que, nominalmente al menos, pertenecen á alguna Iglesia, pero que en punto á conocer las doctrinas que profesan, se hallan tan en ayunas como el salvaje más salvaje del África. Aun entre la gente instruida y de letras, la inmensa mayoría no sabrá dar razón ni siquiera de los dogmas ó principios fundamentales de su secta.

Formando un chocante y desventajoso contraste con la más baja *ralea* de cualquier país católico, tenemos, sin ir más lejos, en nuestra misma República de los Estados Unidos, una población de dos ó tres millones de almas viviendo en una brutal rusticidad y completo abandono religioso. Me refiero á los habitantes de esa vasta región, de 500 millas de largo por 200 de ancho, llamada *The Mountain Whites of the South*. Merece la pena de

copiarse la vívida descripción de estas gentes, que se lee en un tomo publicado por la *Alianza Evangélica*, como resultado de la Conferencia general tenida en Boston en 1889.

Dijo así el Pastor protestante Rev. Jenkins, uno de los conferenciantes:

«Aun en los tiempos de la esclavitud eran estos montañeses, ó muy holgazanes, ó muy soberbios, para querer cultivar sus campos; y, como por otra parte, carecían de recursos para comprar un esclavo, las tierras quedaban sin labrar, y la miseria que era consiguiente los redujo al estado de embrutecimiento ó idiotismo en que hoy se encuentran. Aun los mismos esclavos negros los trataban con desdén, y por burla los llamaban *los blancos despreciables*. El viajero que visite hoy estos pueblos, lo primero que encontrará á la puerta de la generalidad de las chozas, será una mujer de rostro demacrado, sentada, con una gran pipa de tabaco entre los labios, los codos apoyados sobre las rodillas y el rostro sostenido entre ambas manos. Rodéala un pelotón de sucios y harapientos chiquillos, que, desde los ya crecidos hasta las criaturas que aún no saben andar, están todos mascando tabaco. Miran con ojos fijos y asombrados, y en su rostro jamás asoma una sonrisa.

»No por falta de madera, pues la tienen abundantísima, sino por sobra de pereza y abandono, construyen los *cuchitriles* que les sirven de vivienda de una sola pieza, que á la vez sirve para los usos todos de familia por el día, y para el sueño durante la noche. El inventario de estas habitaciones se hace muy pronto. Hay en ellas la imprescindible escopeta, una mesa rudimentaria, cuatro sillas desvencijadas, unos cuantos jergones tirados sobre el santo suelo, algunos platos y pucheros, uno ó dos calderos de hierro, y por cocina un montón de leña y unas cuantas piedras puestas en un rincón ahumado. Este ajuar y esta habitación no es cosa rara ó excepcional: es lo ordinario, el tipo característico. Aquí, familias de 12, 15, y, á veces, 20 individuos, comen y duermen, enferman y mueren, todo ello á la vista y tocándose unos á otros codo con codo. Aquí mismo se les hace una caja, á que, sólo por el destino, llaman *ataúd*. Poco después se dan unos ensordecedores chillidos, con que se despide al cadáver, que llevan á enterrar sin una plegaria, sin el menor aparato funeral. Éste se celebra diez, veinte ó treinta años después, y uno basta para todos los miembros de la familia muertos en este período.»

Se habla mucho de lo atrasada que está la educación en los países católicos. Veremos en otro capítulo lo que hay de verdad en este cargo. Ahora vamos á ver hecha por el mismo orador que nos acaba de pintar una familia, la descripción de una escuela.

«Al entrar en uno de estos pueblos, oís á larga distancia un gran ruido. Al acercaros más, distinguís voces humanas en la confusión más discordante. ¿Qué sucede? Nada. Es una escuela de niños que estudian gritando con toda la fuerza de sus pulmones, y en el tono más alto de sus atipladas voces. El sistema escolar tal vez os parezca extraño, pero tiene un nombre resonante y científico; llámase «enseñanza vocal.» Y en efecto, tan importante papel juegan la voz y la boca en estas escuelas, que en las nueve décimas partes de ellas hasta hace algunos años no entraba otro libro que un abecedario ó catón. Así que se cuentan por miles los que en su vida habrán visto una docena de libros; muchos ni siquiera uno, y ni sabrán lo que eso significa. Más de un millón serán los que no saben escribir, ni leer sus nombres impresos. Es un estado intelectual que ni siquiera imaginarse puede sino viéndolo entre ellos. Aun después de haberlo visto, parece como que uno duda de si la memoria le es fiel.»

De la condición moral y espiritual, dice el Rvdo. Jenkuis que la pintura más viva será débil sombra de la realidad.

«Las relaciones de los dos sexos son escandalosísimas: ha desaparecido todo rastro de sentimiento público, y no se puede poner freno alguno que los contenga.

»Sin embargo—prosigue el orador,—no son infieles; creen en Dios y en la Biblia; aunque cierto, lo que de uno y otra conocen es muy poco. Las iglesias lo son únicamente de nombre: ni creen que la religión tenga eficacia para la reforma de la sociedad. Gran parte de ellos no tienen la menor instrucción religiosa, ni idea del culto. Hay millares y millares de niños á quienes jamás se les ha enseñado á balbucear una oración en las rodillas de sus madres y que ni siquiera saben lo que es rezar.»

A continuación señala la causa de tamaño abandono religioso.

«Es que los ministros de estas iglesias yacen en la más grosera ignorancia. De ellos habrá, que ni siquiera sepan leer la Biblia. No es menor la inmoralidad. Conozco á uno, actualmente ministro en Tennessee, á quien, cuando va á una ciudad minera de las cercanías, cogen por su cuenta algunos chuscos para reirse un

rato á su costa: le hacen rezar y predicar en un salón de juego. La paga por el divertido sermón y rezo, suelen ser algunas copas de whiskey.

En sus fiestas religiosas reúne todo el pueblo con varios ministros á la cabeza, que aunque vendrán bien provistos de tabaco, quizá no traigan una Biblia. Empieza una monótona plática acompañada de furiosas gesticulaciones, encaminadas á producir una excitación fanática en el auditorio. El orador anda, salta, se echa por el suelo, grita y se retuerce como un energúmeno. En este momento empiezan las ¡¡conversiones!! Los convertidos se adelantan al medio; tienen un apretón de manos con el Pastor, á lo que en su jerga llaman «incorporarse al ministro,» en vez de incorporarse á la Iglesia; se les confiere el bautismo, y es hecho miembro de la secta. Al disolverse la junta, se retiran á sus casas, sin el menor pensamiento de emprender nueva vida. Como su religión no impone carga moral ninguna, cuesta poco el profesarla, etc...

Esto bastará para formarse una idea de la desastrosa influencia que para con una gran masa de nuestro pueblo norteamericano ha ejercido el protestantismo. Y cuenta que no nos referimos al protestantismo en alguna de sus formas más groseras, de esas que José Kay calificó de corrompidas y corruptoras, sino en una forma de las más cultas y moderadas.

Volvamos ya los ojos á cuadros más risueños; fijémonos en algunas de las pintorescas descripciones que la popular novelista Ouida nos ha trazado en su *Pascarel*, donde á grandes rasgos se nos pintan las nobles prendas del pueblo italiano, aunque sin atinar con la causa de donde proceden, que es la religión. Dice así:

«El italiano, aun el de la última clase social, tiene cierto aire de reposo y dignidad, que dice perfectamente con su fisonomía, y que se descubre en la serenidad del rostro, y poéticas actitudes del cuerpo. ¡Cuán alegre es y cuán vivo! ¡Qué tratable! ¡Qué insinuante y agraciado en sus modales! ¡Qué delicado y ardiente en sus sentimientos! Cualquiera placer del gusto y el estómago sacrificaría él por el goce estético que pueden proporcionarle la vista ó el oído. Aunque sea un mendigo, sin instrucción, medio muerto de hambre y de miembros estropeados, siempre tendrá algunos delicados toques de artista, algo así como la finura y la distinción de un caballero. Si ofrece una flor á una mujer en su

cortesanía, parecerá un príncipe; y si rechaza una insolencia, se revestirá de tal aire de majestad, que no sería mayor si vistiese sedas ó púrpuras.»

En otra parte nos pinta la caridad cristiana de unos con otros.

«En las calamidades públicas, inundaciones, pestilencias, incendios, la desgracia de uno se convierte en desgracia de todos. En las naciones del Norte de Europa no hay nada comparable en lo heroico y generoso con la institución llamada *La Misericordia*. ¿Dónde se ve á un noble dejar sus salones de baile, á un novio abandonar á su dama, un comerciante sus negocios y hasta un enemigo su venganza, para acudir al escuchar la señal convenida, en socorro del pobre, del enfermo, del agonizante?»

Cambiadas algunas ligeras líneas en el cuadro precedente, están también retratados los españoles. De ellos observa Chateaubriand:

«En su aire no se nota pizca de servilismo, ni en su porte hay nada que revele abyección de pensamientos ó degradación de alma. El lenguaje del gran señor es el mismo que usan los aldeanos, é igualmente son comunes los saludos, cumplimientos, costumbres y aun modales.»

Entre las notas características de este pueblo verdaderamente católico, tal vez ninguna impresiona tanto á los extranjeros que la visitan como la práctica de la igualdad y uniformidad entre todas las clases sociales. El siguiente testimonio es de un viajante inglés:

«Diré, en honor de los españoles, que no hay nación donde, como en la suya, se observen en el trato social las consideraciones y respetos que se deben á la dignidad de la naturaleza humana; donde mejor se entienda prácticamente la conducta que todo hombre debe adoptar para con sus semejantes. No se idolatra á los ricos, ni el duque ó marqués tiene mucha ocasión de pavonearse de sus títulos, porque no hallará necios admiradores que le hagan la rueda.»

Trasladémonos ahora á una nación católica, de la que nada hemos dicho hasta aquí. Un agente de la Sociedad Bíblica, Daniel Kidder, enviado á hacer propaganda en el Brasil, publicó á la vuelta de su excursión un libro intitulado *Sketches of Residence and Travel in Brazil*, del cual copiaremos algunos párrafos, referentes á las costumbres brasileñas:

«En los tranvías y coches del servicio público se conoce ya el

temperamento suave y amistoso de estas gentes. Quien está acostumbrado á ese aire de despreocupación, á esas caras de qué se me da á mí, tan generales en los trenes y ómnibus de Nueva York, sorpréndese, y no poco, al encontrarse aquí con rostros amigos, con personas llenas de atención y urbanidad que se interesan tanto por el compañero de viaje, aunque le reconozcan por extranjero. Admiróme igualmente que de estos vehículos no se excluye á nadie, á causa de su color ó raza.» (Vol. I, pág. 161.)

Como la permanencia de Mr. Kidder en el Brasil fué hace ya medio siglo, cuando aún no se había abolido la esclavitud, nos ha dejado consignado en sus páginas un ejemplo de la suavidad y amor que se usaba con los esclavos, bien distinto del trato que se les daba en nuestro país.

«Al lado de nosotros vivía una viuda portuguesa, de edad algo avanzada, que tenía numerosos esclavos. Era un dechado de amabilidad para con ellos. Tratábalos con igual cariño que si fueran hijos. Al anochecer reuníanse todos en una vasta pieza á rezar Padrenuestros y cantar una letanía. Y tanta práctica de canto debían tener, que sus voces no desmerecían, en comparación de los buenos coros que se oyen en nuestras iglesias. Muchas veces pude observar á aquellos buenos negros que entraban con los brazos cruzados y nos dirigían al pasar junto á nosotros este piadoso saludo: *Seja louvado nosso Senhor Jesus-Cristo...*»

Semejantes reuniones de esclavos y criados son muy frecuentes en las haciendas de los campos, y no raras en las ciudades. En tales ocasiones, amos y sirvientes confundidos, aparecen iguales: el nivel de la religión los equipara.» (Ibid., págs. 159-246.)

Aunque entre los extranjeros ninguno ha puesto siquiera en duda la superioridad que la raza francesa lleva á la anglosajona en punto á urbanidad y finura de modales, sin embargo, entre los ingleses está hondamente arraigado un prejuicio nacional contra la nación vecina. Por eso es tanto más significativo el siguiente testimonio de Mr. Laing:

«Hagamos justicia al carácter francés. El dominio sobre sí mismo, y el obrar por principios de honor, virtudes son mucho más extendidas entre ellos que entre nosotros. Según yo creo, es un pueblo mucho más pundonoroso que el nuestro. Entre ellos es muchísimo más respetada la propiedad, y este sagrado respeto y veneración hacia todo lo ajeno, es una de las ideas que más se inculcan en la educación que se da á los hijos en las familias, aun-

que sean de la más baja esfera social. Está estrechamente ligado con el respeto á la propiedad el respeto á los sentimientos de nuestros conciudadanos, en lo que propiamente consiste lo que se llama urbanidad. Esta se infiltra desde los primeros años en el alma de los franceses, cualquiera que sea la clase social á que pertenezcan, enseñándoles á hacer siempre lo que sea agradable y pueda dar placer á los demás. Nosotros, los ingleses, solemos despreciar ese espíritu, por creer que únicamente consiste en meros cumplimientos de palabra y en superficiales apariencias exteriores. Pero, en realidad, ese respeto á los sentimientos y bienestar de los demás es un hábito moral de gran precio, que si llega á generalizarse, es un poderoso factor para la educación de las familias. Pues por medio de los modales finos y de las conveniencias de la urbanidad, tanto los padres como los hijos se informan en el espíritu de moralidad de que nacen, ó al que suplen las etiquetas sociales. En este género de educación de familia, nuestra clase baja y aun media se hallan muy deficientes. Y es un honoroso distintivo del carácter nacional y economía social de la Francia, el que en ella, más que en ningún otro país de Europa, se enseña la moral práctica, por medio de la finura y urbanidad.» (Notes of a Traveller, pág. 79.)

Lo que acaba de decirse de Francia, proporcionalmente puede aplicarse á los demás pueblos católicos, en cada uno de los cuales notaremos serle peculiar cierto tono ó cierta forma en el lenguaje y gesticulación, de atractivo encantador. Quien haya estudiado la historia de Irlanda y no haya tratado á los naturales de ella, no podrá menos de figurarse al aldeano irlandés, después de tres siglos de la más despiadada persecución, reducido á un estado de brutal y rudo salvajismo. Sin embargo, ¿cuál no sería su agradable sorpresa si visitando aunque sea los distritos más pobres y estériles, se encontrara con un pueblo digno de figurar entre los más finos, urbanos y simpáticos del mundo? Y si nuestro visitante, á fuer de filósofo, quisiera investigar la causa de este hecho social, ¿podría encontrar otra, que las humanizadoras influencias de la religión, á que los irlandeses están tan fuertemente adheridos? Dondequiera que ella informe y dirija la vida social de un pueblo, allí como en Irlanda serán los hombres urbanos, alegres, caballerosos, considerados y respetuosos para con todos, obedientes para con los superiores, serviciales para con los iguales, deferentes para con las mujeres, tiernos y afectuosos para

con los niños, y en fin, correctos tanto en la forma moral como en el tono del lenguaje, sin nada de esas palabras groseras ó soeces que forman la conversación ordinaria y favorita de algunas gentes. Esta pintura, con más ó menos variantes, siempre pequeñas, es el retrato etnológico de todos los pueblos que viven de la savia vivificadora del Catolicismo. ¿Es también aplicable á los que el Protestantismo ha criado á sus pechos? Quien desee respuesta categórica y probada con hechos, lea la revista *Lippincott's Magazine* (Enero de 1892), donde encontrará un interesante artículo, «La pérdida de la urbanidad», que no copiamos aquí por no alargarnos.

Una de las causas por que el pueblo protestante carece de esa finura y elegancia de sentimientos y modales, es porque su Iglesia ha suprimido con las ceremonias del culto una de las más eficaces escuelas de educación. La urbanidad esencialmente práctica, mejor que estudiando sus reglas en algún libro sobre la materia, se aprende tratando con personas bien educadas y observando su manera de conducirse. Del mismo modo, el ceremonial de la Iglesia católica pone ante la vista de sus fieles admirables ejemplos de respeto, humildad, mansedumbre y otras virtudes de constante uso en las relaciones mutuas de la vida social, y de ahí esa poderosa influencia que, tal vez sin conocerlo y sin quererlo, ejercen en su vida las ceremonias que tantas veces han presenciado, y en que tal vez han tomado mucha parte. Además, contribuye al mismo efecto la constante inculcación y práctica de las virtudes cristianas, las cuales son como el fundamento que sustenta, y el alma que anima y vivifica á la verdadera urbanidad y policía. Así lo reconocen cuantos por razón de su estado se consagran á enseñar este importante ramo de la educación social. Entre ellos, el Santo Fundador de los Hermanos de la Doctrina Cristiana, San Juan Bautista de la Salle, dice las siguientes palabras en un tratado que escribió sobre urbanidad:

«Es muy chocante que haya tantos cristianos para quienes la urbanidad y buena crianza no pasa de ser una cosa meramente humana y natural. Esto indica cuán poco espíritu cristiano hay en el mundo, y cuán contados son los que conforman sus vidas y su conducta con las enseñanzas de Jesucristo. Todas nuestras acciones exteriores, al ajustarse á las reglas de urbanidad, deben llevar también el sello de la virtud cristiana.» (*Les Règles de la Bienséance et de la Civilté Chrétienne.*)

Si el escritor, con todo y pertenecer á una Nación tan justamente célebre por su finura, halló que aun sus paisanos distaban mucho del ideal de urbanidad cristiana, ¿con qué epítetos hubiera calificado á otros pueblos que en este particular son muy inferiores al francés?

Pero donde, á no dudar, se nota con mayor dolor la ausencia más completa de sentimientos tiernos y delicados, es en el tinte secularizado, ó, mejor dicho, embrutecido, que, gracias al Protestantismo y espíritu del siglo, revisten actualmente las relaciones de la familia, fundamento y sostén de la sociedad. Son muy oportunas para cerrar éste capítulo las siguientes palabras del eminente filósofo español Donoso Cortés (*Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo*, cap. II):

«En las edades católicas, la tendencia de la familia es á perfeccionarse: de natural se convierte en espiritual, y del hogar pasa á los claustros. Mientras que los hijos se postran reverentes en el hogar á los pies del padre y de la madre, los habitantes de los claustros, hijos más rendidos y reverentes, bañan con lágrimas los sacratísimos pies de otro Padre mejor, y el sacratísimo manto de otra Madre más tierna. Cuando la civilización católica va de vencida y entra en su período decadente, luego al punto la familia decae; su constitución se vicia, sus elementos se descomponen, y todos sus vínculos se relajan. El padre y la madre, entre quienes no puso Dios otro medianil sino el amor, ponen entre los dos el medianil de un ceremonial severo, mientras que una familiaridad sacrilega suprime la distancia que puso Dios entre los hijos y los padres, echando por el suelo el medianil de la reverencia. La familia, entonces envilecida y profanada, se dispersa, y va á perderse en los clubs y los casinos... La familia humana anticatólica dura entre el padre y la madre algunos años; entre el padre y los hijos, algunos meses: la familia artificial de los clubs dura un día, la del casino un instante...»